
EL RINOCERONTE.



Dia 8 de febrero.

EL rinoceronte es uno de los animales que escitan mas nuestra curiosidad por su figura, por su tamaño y por su género de vida, y aun por su larga duracion. Es el segundo en magnitud, marcha en la escala de los cuadrúpedos despues del elefante por su tamaño. Es tambien originario del Asia y del Africa. Su figura en cuanto al tamaño de su cuerpo es parecida á la del elefante, sus patas son mas bien formadas que las de éste, terminando en una especie de pezuña, sus orejas derechas y punteagudas, su cabeza bastante parecida á la del cerdo, sus ojos mas grandes y mas rasgados, y tiene un arma bien terrible, que es un cuerno que le sale á manera de un gran colmillo. Su alimento es la yerba, las hojas y las ramas de los árboles. Su piel tiene un espesor que presenta una superficie tosca y callosa como cubierta de escamas grandes, ó mas bien formando capas paralelas. En el estado de domesticacion hay necesidad de untarle la piel con aceite de pescado para evitar que se le agriete y se le abra. Su lengua, particularmente la de los rinocerontes del Africa, es tan áspera, que aun cuando la pase blandamente levanta la epidermis como si se frotase con

una lija. Su paso es ligero comparativamente á su masa enorme, y se asegura que puede andar sesenta leguas de jornada en un dia. El grito que se le oye es como el mujido de un buey agitado, y no le hace sentir á muy larga distancia sino cuando está enfurecido. No es de naturaleza feroz, no hace mal alguno al hombre cuando este no le molesta. Solo le escita una especie de furor y en ocasiones acomete con coraje al hombre que va vestido de encarnado, pues es el color que le conmueve de un modo espantoso. Se dice que tiene una particular aficion á meterse en el agua, á sumergirse y á nadar. En la Abisinia le domestican generalmente y le emplean en los trabajos. Entre otras cosas tiene el sentido del olfato sumamente esquisito, de modo que cuando el viento es favorable percibe por el olor á los demas animales á una distancia tan larga, que parece increíble. Con su colmillo, que es un verdadero cuerno, socaba la tierra, saca los árboles de raiz, arroja piedras de enorme peso á grandes distancias, arrasa cuanto se opone á su tránsito, hace volar su presa por encima de la cabeza al empuje que le da. Tiene la particularidad de no ver mas que de frente y no por los lados, por cuya razon, para evitar sus furias no hay mas que apartarse un poco á la izquierda ó á la derecha de donde él pasa y dejarle espedito el camino.

El elefante y rinoceronte sostienen guerras muy reñidas por ser dos especies de animales entre quienes reina una aversion declarada. La posesion de un bocado de yerba escita entre ellos combates ensangrentados y furiosos. El rinoceronte en la pelea procura asestarle el cuerno por el vientre al elefante, que es por donde tiene la piel mas endeble, para de este modo abrirle y conseguir la victoria; pero este le sujeta con su trompa, le desgarrá con los col-

millos, y la mayor parte de las veces le hace pedazos. Los naturalistas han averiguado que tiene una infancia de quince años, es decir, que tarda quince años en desarrollarse y crecer, mas en proporcion es su vida, pues generalmente está recibido como cosa averiguada que su duracion es de cien años por lo general.

En 1748 se enseñaba uno en París, que era de un natural muy dulce, muy cariñoso y doméstico, que lo habian traído del Asia. Se le habia conducido por tierra toda esta larga distancia, en un carruage tirado por veinte caballos de la robustez y fuerza que tienen los caballos que emplean en el tiro en esta nacion. Se mantenía de heno y paja, de legumbres, de pan, de frutas, recibía con placer el humo del tabaco que se le echaba en la boca y las narices, y diariamente se bebía catorce grandes calderas de agua. Tenía grande afición al uso de la cerveza y del vino, y miraba con disgusto la carne y los pescados.

Entre los romanos la presencia del rinoceronte proporcionaba á aquel pueblo un espectáculo de diversion y de interés. En muchas ocasiones le sacaban en sus anfiteatros para hacerle luchar con el elefante, con el oso, con el toro; y llegaban casos tambien en que, siguiendo la costumbre de aquellos tiempos, le hacían sostener unos combates bajo todos conceptos repugnante, con los gladiadores, hombres que lo tenían por oficio.

Los moros de la India hacen uso de la carne del rinoceronte cuando es jóven. Los naturales de la Abisinia hacen escudos de guerra de su piel y corazas que llegan á endurecerse tanto, que resisten la prueba de las armas de fuego, y hacen asimismo una especie de alabardas.

Sus uñas, su sangre y su escremento tienen usos muy recomendables en la medicina. La caza del rinoceronte va-

— 214 —

ria, según los diversos puntos en que se verifica. Los indios salen á esta caza armados de picas y de fusiles, como á una verdadera y terrible accion de guerra. Cuando encuentran una hembra la acometen para matarla y apoderarse de la cria; pero ella frecuentemente se escapa de sus manos, pone su hijo en estado de seguridad, y vuelve contra sus agresores con el furor mas espantoso, sin temor de las picas ni del fuego. Menos peligrosa es la caza del macho. Forman una cabaña cercada de árboles y de hojas, atan á ellos una hembra de rinoceronte doméstica. El macho salvaje encuentra la puerta abierta y entra; los indios que estan allí ocultos cierran la puerta sobre él mismo y le cogen vivo, ó cuando se les resiste demasiado le matan.

Los africanos lo hacen de diferente manera: hacen unas largas fosas en el suelo, que cuidan de ocultar á los ojos del rinoceronte, que por su falta de sagacidad no desconfia de nada y cae en ellas: entonces se arrojan sobre él y le matan por solo quitarle la piel. El modo como lo verifican los hotentotes es con muy poca diferencia el mismo, abren las fosas de que acabamos de hablar y fijan en ellas unas puntas agudas de fuertes estacas, ó barronos que atraviesan el vientre del animal, le sujeta y da tiempo al cazador de acabarle á fuerza de golpes de un robusto mazo.

A vista del rinoceronte ocurre á nuestra imaginacion las mismas ideas sobre la divinidad, que nos han ocurrido en los sucesos que hasta ahora se nos han presentado, y son que nada reservó el Omnipotente de la pertenencia y dominio de los hombres; adonde no alcanza su fuerza física y material, alcanza su reflexion y su discurso; las fieras todas, igualmente que los mansos y pacíficos corderos, todo dobléga su cerviz ante el poder irresistible del que se pasea sobre la tierra como sobre su verdadera casa. El hombre las

coge, las domestica, las hace servir en su propia utilidad, se regala con sus carnes, se adorna con sus pieles, las impone la obligacion de divertirle, y todas obedecen sin poder hacer uso de sus armas.

— ¡ Ah! Cuando al entrar en una casa de fieras las veo sujetas allí por la mano del que las tiene aprisionadas, y reparo al mismo tiempo los inmensos recursos de que se hallan adornadas para vencer y triunfar del hombre, y sin embargo sujetas á su voluntad, no puedo menos de esclamar: si vos, gran Dios, habeis sujetado el universo á nuestro dominio y voluntad, tambien nosotros estamos persuadidos que cuanto somos está sujeto á vuestro imperio.